

El Boomeran(g)

El blog literario latinoamericano

Obras en gestación > Sergio Vila-Sanjuán: *El síndrome de Frankfurt. Un paseo por la gran feria mundial del libro*

Capítulo 2

DE LA GUERRA FRÍA AL SIGLO XXI

“Cuando visité por primera vez la Feria del Libro de Frankfurt en 1951, la edición comercial alemana atravesaba un periodo de agitación. Me instalé en una pequeña pensión y me abrí camino hacia la feria a través de las ruinas. La ciudad había sido destruida, el transporte escaseaba y la gente dormía en las calles. Todo el mundo parecía gris, hambriento y abatido”. Son palabras de George Weidenfeld, un judío vienés que escapó de los nazis y llegó con lo puesto, en 1939, a Gran Bretaña, donde en pocos lustros se convertiría en una de las grandes figuras del mundo del libro. Director y copropietario de Weidenfeld & Nicolson, amigo de Graham Greene, Nabokov e Isaiah Berlin, acabaría siendo el editor de las memorias de Harold Wilson, Adenauer, De Gaulle, Golda Meir, Helmut Kohl y el papa Juan Pablo II.

“La feria —continúa Weidenfeld en su libro de memorias *Remembering My Good Friends*— llevaba funcionando unos pocos años, pero todavía era muy primitiva, aunque había esperanza y ambición en el aire”. Por aquel entonces las editoriales inventaban ingeniosas fórmulas para superar sus deficiencias materiales, como la escasez de papel. Rowohlt, uno de los grandes editores alemanes, publicaba clásicos de la literatura universal en papel de periódico. Algunos sellos estaban recuperando las obras de importantes autores europeos y americanos que habían sido prohibidos por el régimen de Hitler. No pocos editores de gran prestigio lo habían perdido por sus relaciones nazis, mientras que otros quedaron al otro lado del Telón de Acero. “Pero un incierto número de supervivientes de la Alemania de Weimar —añade Weidenfeld— estaba ahí”.

La evocación de lord Weidenfeld nos da algunas de las claves que definen la Feria del Libro de Frankfurt. Nace en una ciudad arrasada (por los bombardeos aéreos de 1944) en el corazón de la vieja Europa, y en el seno de una sofisticada cultura del libro que intenta olvidar, o al menos reformular, su inmediato pasado marcado por un régimen respecto al que no todos tenían la conciencia tranquila ni mucho menos. Y desde el principio, entre las ruinas, se destaca la ambición y la esperanza que sus organizadores han puesto en ella.

Tras el desastre de la guerra, el sector del libro de la RFA, con claro apoyo de las autoridades americanas de ocupación, había decidido tomar medidas para rehabilitar su comercio. La creación de la Buchmesse fue la más importante. La primera convocatoria fue del 18 al 23 de septiembre de 1949 por iniciativa de dos librerías, Alfred Grade y Heinrich Cobet, y bajo los auspicios del land de Hessen. Se instaló de forma precaria en la Paulskirche, la antigua iglesia evangélica del centro de la ciudad cargada de simbolismo, ya que en 1849 había celebrado allí su reunión el primer Parlamento

Alemán. A partir de la segunda convocatoria se hizo cargo del encuentro la tradicional Börsenverein, la Asociación de Libreros y Editores Alemanes que existía desde 1825 y que tras la pérdida de las editoriales que habían quedado en zona comunista también se estaba reconstruyendo. Además de la finalidad directamente mercantil de poner en contacto a editores y libreros, sus organizadores la veían como una apuesta que sirviera de símbolo a la rehabilitación de Alemania como “nación cultural” tras los años infames. Existía al mismo tiempo una voluntad deliberada de mirar hacia Occidente. Pero ¿por qué allí?

CUANDO SE LLEGABA POR RÍOS Y CAMINOS

La ciudad de Frankfurt emergió durante la Baja Edad Media germana como un activo centro comercial. Aunque no estuvo entre los burgos pioneros en el establecimiento de imprentas, como Maguncia —donde Gutenberg instaló la primera de la que hay constancia—, Colonia o Augsburgo, sí vio rápidamente la oportunidad de crear una cita anual dedicada al comercio de material impreso, que pronto se duplicaría. Sus ferias de primavera y otoño representaban una oportunidad comercial de primer orden para libreros de toda Europa, que encontraban en la ciudad del río Meno clientes venidos también de todo el continente. Y esas convocatorias comerciales generaron nuevos oficios. Cuenta Colin Clair en su *Historia de la imprenta en Europa* que “durante el siglo XVI, cuando el negocio editorial todavía se encontraba en pañales, y los impresores eran aún libreros, nació la figura del tratante de libros o *buchhändler*. Aunque ésta no sea la traducción correcta de la palabra en el diccionario, se trataba no obstante de un ‘tratante de libros’, que hacía las rondas de los impresores y visitaba las ferias con su mercancía. Al principio era simplemente un vendedor ambulante, pero los más eficientes se convirtieron en distribuidores al por mayor, ignorando las pequeñas ferias locales e instalando sus puestos sólo en las más grandes”.

Además de los trabajos de los impresores importantes que se habían establecido en la ciudad, como Peter Schöffer o Christian Egenolff, en la feria de Frankfurt distribuían sus catálogos editores prestigiosos como el veneciano Aldo Manuzio, figura patricia y tutelar venerada en todos los altares de la historia del libro, o Cristóbal Plantino, de Amberes, que en el siglo XVI era la capital editorial del mundo. El trabajo no resultaba fácil: relata Clair que Plantino se trasladaba en carro desde Amberes a Colonia, y después por el Rin en barco. Otros enviados menos afortunados tenían que hacer el camino a pie hasta Frankfurt. Los libros, a menudo, se enviaban dentro de barriles. En cierta ocasión un agente de Plantino fue secuestrado en el camino por una banda de ladrones; por suerte en su contrato se estipulaba que en un caso como ése el impresor se hacía cargo de la mitad del rescate.

Tras más de un siglo de esplendor, los destrozos que provocó en la ciudad la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y el endurecimiento de la censura imperial hicieron palidecer su estrella en el campo del libro, mientras ascendía la de Leipzig, ciudad puente entre la Europa Occidental y la Oriental, que contaba también con una feria que se remontaba al siglo XII y gozaba de un clima más liberal política y culturalmente. La decadencia de Frankfurt se prolongó durante otros cien años hasta que se suspendió su feria en 1749, y a partir de entonces el liderazgo de Leipzig resultó incontestable hasta 1945. Pero tras la partición de Alemania la ciudad de Sajonia quedó en la zona comunista, y por tanto resultaba inutilizable para el relanzamiento del mundo del libro alemán democrático-capitalista.

A falta de Leipzig, Frankfurt, como segunda ciudad histórica del comercio del libro alemán, resultaba una opción coherente. De alguna forma las ciudades guardan en su código genético la memoria de las viejas formas culturales. Al igual que en Barcelona el libro ha sido desde el medioevo un signo identitario de la cultura urbana, en Frankfurt el recuerdo del pasado libresco subsistía. Cuando en 1949 se restablece la feria del libro, la ciudad vuelve a entroncar con lo que, visto desde la perspectiva del medio siglo, no parece otra cosa que su auténtico destino.

El primer año concurrieron 205 editoriales alemanas, entraron 13.456 visitantes —una gran afluencia dadas las duras circunstancias del momento— y se presentaron 8.400 títulos (el biógrafo del fundador de Penguin, sir Allen Lane, asegura que la firma inglesa estuvo presente desde el principio, pero otros testimonios le desmienten). Muy pronto el certamen comienza a internacionalizarse: en la segunda convocatoria ya llegan cien editores de Suiza, Francia, Austria, Inglaterra... Entramos en los años cincuenta y se trata del gran momento de los señores de la edición, de los últimos barones del libro. Hablamos de otra época, que a veces parece tan lejana como la Edad Media de los toneles y los salteadores de caminos. A diferencia del momento presente, en que los editores se desdoblaron en ejecutivos, todo el mundo corre móvil en mano y se pasa la mitad de su tiempo en las salas de espera de los aeropuertos, en los años cincuenta el mundo del libro tenía una pátina verdaderamente señorial. Las grandes firmas británicas, francesas o alemanas sentaban sus reales en imponentes edificios con ujieres. Sus propietarios eran figuras influyentes que disponían de chófer y ayudantes personales y se abrían paso como trasatlánticos por los salones de los hoteles de lujo. Sus dictámenes eran atendidos como resoluciones salomónicas y las variaciones de su humor imperial podían determinar la fortuna o la caída en desgracia de un autor. Estos grandes editores empezaron a cogerle el gusto a pasar unos días al año en Frankfurt, aunque por supuesto ellos se quedaban tranquilamente en el hotel leyendo el periódico y recibiendo a sus pares, mientras los subordinados iban a gastar suela de zapato a una feria mucho más sosegada que las actuales. La animación de las tardes estaba asegurada. Weidenfeld recuerda las fiestas selectas que acogían a editores muy determinados, escritores, políticos, banqueros, miembros de la nobleza del Rin y del Hesse y atractivas, tal vez dudosas señoras salidas no se sabía muy bien de dónde, ya que éste era un club muy masculino.

El mundo del libro español, sumergido en el franquismo, estaba por completo al margen de estos encuentros de la incipiente industria cultural europea. Con una excepción. Carlos Barral, poeta de buena familia que había entrado en la dirección de la editorial familiar Seix Barral, utilizó sus contactos literarios y su irresistible encanto personal (era un hombre alto, guapo y brillante) para irse haciendo un hueco en este club selecto. Primero encandiló al carismático italiano Giulio Einaudi, y de su mano empezó a tratar a sus iguales de otros países, ya que “frente a la agitación de zoco semítico del pabellón de expositores extranjeros, dado al tráfico de falsos best sellers y al mercadeo de láminas y coediciones ilustradas, se había ido organizando la aristocracia de la edición literaria y humanística”.

Barral coincide con Weidenfeld en que aquel Frankfurt de los ilustres configuraba “un sistema de relación privado y absentista, con aire de congreso, encadenando banquetes y cenas íntimas, cócteles y regulares encuentros casuales fuera del recinto ferial [...] Ningún libro, ningún autor importante asomaba a los blancos stands con librerías sin haber hecho antes escala en las libretillas de los elegidos, en las mesas de los restaurantes o en los divanes de peluche del Frankfurter Hof”. Muchas de estas

informaciones no le sirvieron de nada, ya que al volver a España con la propuesta del libro bajo el brazo la censura la tumbaba. Pero con algunos de estos personajes el catalán acabaría poniendo en marcha dos premios, el Formentor y el Internacional de Literatura, que garantizaban a los galardonados la edición de su obra en distintos idiomas por los participantes en la iniciativa.

Además de Barral, Einaudi y Weidenfeld (a quien el catalán caracteriza como “un gran negociador, un gran político que daba la impresión de estar imitando constantemente a Disraeli. Era peligrosamente conservador”) participaron en estos premios el francés Claude Gallimard (“un poco mayestático, se sentía forzoso representante de la grandeza en declive de la peculiaridad francófona”), el estadounidense Barney Rosset (“muy nervioso y de gestos descoyuntados. Dependía de una madre riquísima y represora —decían que con un ojo de cristal— que lo ponía generalmente en viaje custodiado por abogados y por psiquiatras”) y el sueco George Svensson (“altísimo, silencioso y de gestos lentos”). Por Alemania estaba Heinrich Maria Ledig-Rowohlt, vástago de una estirpe editorial ilustrísima (“personaje sumamente complicado, irónico y distante, consideraba cualquier momento del día bueno y oportuno para compartir con alguien unas ostras regadas con el mejor vino blanco que se pudiera encontrar”).

El premio Formentor, hijo ilustre de Frankfurt, celebró su primera convocatoria en el hotel mallorquín que le daba nombre y fue para Juan García Hortelano por su *Tormenta de verano*; el Internacional de Literatura recayó ex aequo en Samuel Beckett y Jorge Luis Borges. Ambos galardones tuvieron que dejar España en años sucesivos como consecuencia de las trabas que les puso el régimen franquista. En sus memorias, Weidenfeld culpa a Barral de haber echado a perder la iniciativa por ponerla al servicio del antifranquismo y del comunismo.

Estas grandes figuras y algunas pocas más (como el italiano Feltrinelli) fueron quienes marcaron la gran agenda de la edición cultural de la época. Su competencia dio pie a una institución, la del “libro de la feria”. Cada año surgía un manuscrito especialmente brillante y prometedor, una revelación que algún editor aportaba y por cuya contratación en otros idiomas se peleaban los principales barones del libro. Barral cuenta que un día se encontró en el aeropuerto de Hamburgo con un editor de la casa Kiepenhauer & Witsch que cargaba con un juego de compaginadas, cuyo título sólo pudo entrever. Comentándolo en el hotel con Rowohlt, éste dio por supuesto que su competidor volvía de Frankfurt y sometió a Barral a un interrogatorio: tenía que tratarse “del libro” de aquel año. Einaudi, presente en la reunión, movilizó telefónicamente a sus huestes en la Buchmesse. Efectivamente, se trataba de la primera novela del hasta entonces desconocido Günter Grass, *El tambor de hojalata*. Pero a aquellas alturas ya la había adquirido el eterno rival del italiano, Giangiacomo Feltrinelli. ¡No había nada que hacer!

Que Grass se convirtiera en la firma estrella de la feria no es extraño considerando que los años cincuenta son los de emergencia de la gran generación de autores alemanes de postguerra: Wolfgang Koeppen, Martin Walser, Heinrich Böll, Uwe Johnson se consolidan en este decenio con sus trabajos casi siempre críticos con el “milagro económico” que su país estaba experimentando y la hipocresía respecto al análisis del cercano pasado nazi que habitualmente suponía. Un tema grato a Grass, que con los años se convertiría en protagonista habitual y casi obligado de la Buchmesse.

Simultáneamente, la ciudad de Frankfurt era escenario de la eclosión de la llamada “cultura Suhrkamp”, a medida que esta editorial instalada en la ciudad del Hesse ganaba protagonismo y captaba a los mejores escritores del periodo —Hesse, Brecht, Frisch, Weiss...— bajo la tutela del impetuoso Siegfried Unseld. Éste había sucedido al fundador Peter Suhrkamp al frente de la firma. Suhrkamp recogía la herencia de los

mejores sellos del periodo pre-nazi, como S. Fischer Verlag. Durante mucho tiempo su influencia en el mundo alemán sería incontestable y pasaría a ocupar un lugar central similar al que Gallimard detentaba en Francia.

Pero junto al glamour de los barones del libro y la elaboración intelectual de alta cultura, más a ras de tierra pero tenazmente, en la Feria de Frankfurt también se estaba construyendo Europa. El editor británico Ron Irons, de la firma Hodder & Stoughton, evocaba con motivo del cincuentenario de la feria una anécdota reveladora. “En 1956 los trabajadores aún estaban demoliendo edificios que habían sido bombardeados por la RAF durante la guerra. Nos sorprendía ver con qué rapidez aquellas casas eran reparadas y se convertían de nuevo en habitables. Yo había mantenido correspondencia con el jefe de una institución académica local a propósito de unos libros de enseñanza de inglés, y él y su mujer visitaron nuestro stand en la feria”.

“Insistieron en llevarme a comer a una cervecería próxima a la catedral de Frankfurt. Alrededor todo eran ruinas. Y me dijo: ‘Su RAF hizo esto’. Yo me sentí ligeramente culpable ya que durante la guerra había sido piloto de bombarderos. Le pregunté: ‘¿Ha estado en Londres y ha visto la zona que rodea la catedral de San Pablo?’. Contestó que no. ‘Tiene el mismo aspecto que esto’. Él replicó: ‘La guerra es estúpida’. Y nos hicimos amigos. Había servido en la Wehrmacht, en los cañones antiaéreos y los faros de detección de aviones. ¡Suerte que no me detectó!”.

A fines de la década, la feria era cita obligada para editores europeos, tanto los literarios como los de otras adscripciones. El salmantino Germán Sánchez Ruipérez acudió por primera vez en 1959, recién creada su editorial Anaya. Lo que más le impactó ese primer año fue ver que los libros de texto y escolares llevaban abundantes ilustraciones y se propuso hacerlos así también para España, importar un tratamiento de vanguardia en un época en que el libro de texto se imprimía en papel de periódico, a un solo color y poco o nada ilustrado. Salió de Frankfurt, recuerda, con la sensación de que en España estaba todo por hacer en esta área, con las “pilas cargadas” para intentarlo pero sin ningún acuerdo ni compra de derechos a editores extranjeros. Años más tarde volvería con stand propio y diez personas de la empresa para que se empaparan de la información que la feria brindaba, algo que en su momento algunos le criticaron como despilfarro, pero que él considera una de las mejores inversiones de su vida. Anaya acabaría figurando entre los tres primeros grupos editoriales españoles.

LOS AMERICANOS Y LA REVOLUCIÓN

Frente al aroma de “pequeño mundo antiguo” que desprenden las descripciones del entorno de la feria en los años cincuenta, la década de los sesenta resulta inevitablemente rupturista. Es la época en que la edición norteamericana decide conquistar el mundo y envía misiones comerciales a las grandes ferias internacionales, la primera la de Frankfurt. Roger Straus, fundador de la editorial Farrar, Straus & Giroux, editor de Susan Sontag, fue uno de los primeros en sumarse. Lo que hoy llamamos globalización comienza así a asentarse en los pasillos del certamen, ampliando el carácter de plataforma del libro europeo que la Buchmesse había tenido hasta aquel entonces. La feria pasa de ser continental a internacional.

“Los sesenta —escribe Weidenfeld— fueron los grandes años de las coproducciones; era la década de la expansión multidireccional y el optimismo. Sólo en Frankfurt podías atar la coedición de una serie de libros sobre historia, biografía, el reino animal, el zodíaco o las grandes religiones del mundo trasladándote de stand en stand, presentando y pidiendo sinopsis y una maqueta colorista, y al final del día te encontrabas con un

contrato firmado, un compromiso sellado con un apretón de manos o, en palabras de los hermanos Marx, un definitivo ‘Quizás’.

Los sesenta, sobre todo en su segunda mitad, fueron también años de intenso movimiento estudiantil. El editor británico Lionel Leventhal recuerda que “se produjeron altercados en las calles de Frankfurt, en los campos de la feria e incluso en los propios pabellones. Finalmente las autoridades pactaron con los estudiantes que se manifestarían sólo en ciertas ocasiones, cuando las cámaras de televisión estuvieran presentes”. En 1967 tuvo lugar una concurrida algarada contra la presencia del Grupo Springer, propietario a la vez de editoriales y de prensa amarilla percibida por los contestatarios como muy reaccionaria. En varias ocasiones y como consecuencia del clima creado tras la Guerra de los Seis Días el pabellón de los editores israelíes tuvo que ser custodiado por guardias equipados con armas de fuego.

Peter Weidhaas, quien llegaría a ser el más veterano director de la feria, se sumó al equipo directivo en el año de gracia de 1968 y recuerda que el propio Daniel Cohn-Bendit, que era alemán y había saltado a la fama con ocasión de su participación en el mayo parisino, dirigía los disturbios de la feria. Hubo que cerrar parte del recinto. “Se produjeron muchas detenciones y hacer negocios aquel año fue casi imposible”, concluye pragmáticamente Weidhaas.

Los barones del libro no se opusieron frontalmente a la revolución. De hecho unos cuantos coquetearon descaradamente con ella. Lo hizo Barral en España, Einaudi en Italia (y por supuesto su archirrival Feltrinelli, quien pasaría a la clandestinidad como activista de izquierda y acabaría muriendo por la explosión de una bomba que él mismo había preparado). En Alemania hubo de todo, y el “conservador” Weidenfeld recuerda el *rendez-vous* que le hizo su amigo Rowohlt a Danny *el Rojo*, quien había acudido al hotel Hessischer Hof para encontrarse con editores afines. “En un gesto parte autoburlón, parte admiración genuina, Ledig dobló la rodilla frente al joven rebelde, y con la mano derecha se arrancó el clavel rojo de su ojal para ofrecérselo mientras en la izquierda mantenía su sempiterno habano”. Hasta qué punto la revolución de los sesenta iba a trastornar el mundo burgués y patriarcal de los señores de la edición y sus valores de viejo refinamiento y sólidas formalidades era algo que el alemán posiblemente no podía ni siquiera intuir, pero en cualquier caso los libros que publicaron seguramente habían contribuido a prepararla.

MARTIN AMIS Y EL FRANKFURT GLOBAL

Estamos ya a principios de los años ochenta y quien visita la Feria de Frankfurt es una joven promesa de la literatura británica, hijo del consagrado novelista británico Kingsley Amis. Martin Amis está en la Buchmesse la víspera de la inauguración oficial tomando notas para una crónica en el *Observer* y lo que ve no le entusiasma: la zona expositiva “semeja un aeropuerto en extrema necesidad de renovación”, y el Halle 5 donde se aprietan los editores internacionales, es un hangar “lleno de corrientes de aire”. Pero algo bueno tiene el evento y es que “recuerda, con gran fuerza, los extremos de la diversidad humana”. Ejemplo: “la caseta cubana era un revoltijo, con innumerables cajas sin abrir y dos personajes morenos desplomados sobre una botella de Havana Club. La caseta de Kenia se componía de un negro joven y elegante, la fotografía enmarcada del último tirano y nada más. La decoración variaba: la sección portuguesa era toda de madera oscura, suavizada con visillos y cortinas; la de la Unesco, con su entramado de barras azul claro, combinaba típicamente la sensación de una cabaña de bambú con la de una cocina de Habitat. Una de las principales casetas italianas estaba completamente vacía. La nigeriana ni siquiera se había montado”. Martin Amis ha

captado, aunque con sarcasmo, la globalización de la feria, a la que considera “un tinglado absurdo”.

En un tono más suave, el escritor, editor y periodista catalán Ignasi Riera se quejaba en una crónica de 1986 de que, en Frankfurt, propuestas “hondamente culturales” (como el Premio de la Paz o la exposición que aquel mismo año se dedicó al centenario de la editorial S. Fischer) “conviven con la edición de lo que Enzensberger llamaría ‘libros para los nuevos analfabetos’, es decir, libros pensados para encerrar los apostolados culturales en los límites de una cultura tan enciclopédica como aséptica. Es lo que más abunda: el saber divulgado, triturado, dibujado, desproblematizado y profusamente ilustrado”.

Pero en un punto estaban de acuerdo todos los observadores habituales de la feria: el mundo editorial, tradicionalmente más abierto a las mujeres que otros sectores profesionales, atestiguaba en aquellos años ochenta cómo por primera vez éstas escalaban a los puestos más altos del escalafón jerárquico. Para muchos, las mujeres empezaban a dominar la feria.

BALANCE DE UN ÉXITO

En cualquier caso la Buchmesse se ha apuntalado año tras año como un gran éxito: de asistencia, de cifras de negocio, de difusión e imagen, de creciente complejidad. Y constituye un acontecimiento cultural mundial sin equivalentes, ya que las otras grandes ferias del libro mundiales (la de Londres, la ABA americana o la de Guadalajara en México) ocupan una posición muy por detrás de la de Frankfurt en todos los órdenes. Se trata de un acontecimiento que ha generado su propia estructura: una empresa autónoma aunque dependiente de la Börsenverein con una sesentena de personas que trabajan *full time* todo el año para que el encuentro pueda celebrarse.

Peter Weidhaas, que la dirigió de 1974 a 1999 y le dio el gran empujón, apunta varios motivos por los que se consolidó con tanta fuerza. En primer lugar de carácter histórico: en el marco de la postguerra alemana, su puesta en marcha y la creación del Premio de la Paz que se otorga el día de la clausura representaron el símbolo de la reconstrucción del país, en términos culturales y morales. Siempre mirando a Occidente, ha conseguido convertirse en punto de encuentro de la edición en lengua inglesa, y tras el colapso de la URSS, representa también una plataforma de difusión para los países ex comunistas.

En cuanto a los factores subjetivos, para muchos editores de todo el mundo la feria es su principal experiencia profesional anual, la que les brinda regularmente un sentido de pertenencia y una fuente de ideas.

Comercialmente, la feria acoge cada año las innovaciones tecnológicas más relevantes del mundo del libro. Y es el gran mercado de los best sellers de entretenimiento.

Y desde el punto de vista de la prospectiva, la feria señala las tendencias que se avecinan, en un marco de declive de los perfiles nacionales y de desdibujamiento de fronteras.